

ENTRE LA SEGUNDA Y LA TERCERA REPÚBLICA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alejandro Nieto García*

1. Flota hoy en los turbulentos horizontes políticos de España una pregunta —Monarquía o República— que cada día parece más inquietante y que quizás pronto habrá que abordar seriamente para poder dar una respuesta razonada, dado que es inútil seguir silenciándola indefinidamente.

Este dilema no es desconocido entre nosotros pues ya lo tuvimos en 1873 y en 1931. En 1873 la cuestión resultaba más fácil dado que se planteaba en un momento de Monarquía sin rey ni dinastía. En 1931 era un punto extremadamente delicado porque la República suponía el derrocamiento previo de un régimen y el apartamiento de un monarca que disponía de las Fuerzas Armadas y de todo el aparato público estatal. Ahora, en 2021, las cosas son distintas; pero ya hay varios partidos políticos que se han declarado republicanos y en Cataluña más o menos la mitad de la población también se ha pronunciado expresamente en tal sentido; sin olvidar que en el resto de España hay muchos republicanos sin saberlo y otros más que están agazapados esperando el momento de salir a la calle o de acudir a las urnas en cuanto se les convoque.

No se crea, por lo demás, que es una cuestión ya resuelta definitivamente en la constitución de 1978 porque el dilema no se decide en normas jurídicas ni tampoco de una vez para siempre. En 1931 vino la República a consecuencia de unas elecciones municipales y se marchó en 1939 empujada por los fusiles de unos generales alzados. No vale la pena, por tanto, hablar de ilegalidades ni de garantías constitucionales ya que lo que cuenta es el plebiscito de los hechos e ignoramos, dado que casi nadie quiere hablar sobre ello, qué es lo que puede suceder.

¹ Sesión del día 2 de febrero de 2021.

Debemos atenernos, pues, al debate aunque se da la desafortunada circunstancia de que o no hay debate —por aquello de «no levantar la liebre»— o es axiomático cuando no trivial. Axiomático porque los republicanos auténticos lo son de corazón en el sentido literal de la palabra, es decir, que no necesitan razonar como a nadie se le ocurre argumentar que a la noche sigue el día. Y aún es peor la trivialidad de los argumentos que ocasionalmente se emplean. Además, nadie se molesta en mirar al pasado con lo mucho que se puede aprender de él; y esto es precisamente lo que se pretende hacer aquí. Dejando para otros —si es que algún día se animan a hacerlo antes de que sea demasiado tarde— hablar de economía, sociología, psicología de masas y Derecho constitucional.

La verdad es que los activistas de la República poco razonan convencidos de que no les hace falta. Su táctica es dar por sentado que a la noche sigue inexorablemente el día y que en el siglo xxi no hay lugar para regímenes propios de otros tiempos. En los cinco continentes cuando desaparece una dinastía, nadie o casi nadie pretende recuperarla. Una táctica hábil y eficaz desde luego pues elimina el debate o reduce sus dimensiones a media docena de formalismos marginales. Lo que ya se entiende menos es que los activistas monárquicos no salgan al campo con mayor decisión, pues corren el riesgo de que un día, como ocurrió en 1931, se encuentren sin enterarse con la casa ocupada. Entre la prudencia y la indiferencia va pasando el tiempo y casi nadie quiere darse por enterado de lo que está cambiando la opinión pública y de las intenciones ocultas de algunos políticos del Gobierno o de la Oposición. Se ignoran deliberadamente las banderas tricolores que ondean en las manifestaciones y cuelgan en edificios públicos y privados. Nada de esto tiene, a su parecer, importancia. Pero no olvidemos que cuando truena suele venir luego la lluvia.

Dos son los prerequisites de la reflexión que aquí se recomienda: primero el conocimiento de lo que realmente sucedió en el experimento de 1931-1939, dejando a un lado las versiones sectarias de una República ideal y de una República infernal. Al acopio de una información objetiva suficiente y no meramente accidental debe añadirse, además, un análisis comparativo de las situaciones de 1930 y 2020: dos Españas tan diferentes que no permiten el traslado mecánico de problemas y soluciones. No se va desde luego a desembarcar en una tierra incógnita puesto que ya se ha pisado dos veces, pero la nueva exploración a de hacerse con toda clase de precauciones a conciencia de que las circunstancias no son las mismas y de que los contextos económico-sociales y tecnológicos en que han de arraigar las instituciones pública han cambiado sustancialmente.

2. Dejando a un lado la experiencia de 1873, la de 1931 fue una típica explosión pasional, no racional, que trajo a España una República sin republicanos auténticos o, si se quiere, con escasos republicanos sinceros. Las

cuentas en este punto son inequívocas y recuerdan mucho lo que está sucediendo ahora.

En aquel año solo existían un puñado de intelectuales de Ateneo y un único partido republicano de masas, el Radical. Había también otro partido de masas —el socialista— que defendía la República, pero no por ella misma sino en cuanto puente o instrumento para llegar fácilmente a su verdadero objetivo, que era la Revolución. No eran, pues, republicanos sinceros y el tiempo lo demostraría a no tardar.

Al resto del país le era indiferente la forma de Gobierno. A unos por aislamiento cultural: ¿qué le importaba a la población analfabeta urbana o rural cuestiones tan abstractas y tan alejadas de las necesidades cotidianas?; a otros por temperamento, puesto que desconfiaban por igual de todos los políticos sospechosos de aprovechados y perversos; y otros, en fin, por ideología, ya que las cuantiosas masas anarcosindicalistas rechazaban por principio cualquier contacto con las instituciones estatales, que consideraban cosas de burgueses.

En cuanto a las clases medias, socialmente conservadores —la clientela de la después hegemónica CEDA— nunca se confesaron republicanas ni monárquicas porque entendían que esta era una cuestión «accidental» (tal era la palabra de moda) dado que lo importante no era la forma de gobierno sino sus realizaciones concretas y estas podían imponerse por igual en un marco monárquico que republicano. En las elecciones para las Constituyentes de 1931 votaron ciertamente republicano por inconsciencia o indiferencia: un error del que se darían cuenta demasiado tarde cuando ya no tenía arreglo, pero que no es prudente olvidar hoy ya que puede repetirse en cualquier momento, como el presente, en que el país no está prevenido. De aquí la conveniencia de irse mentalizando para que no vuelva a haber sorpresas. Voten las clases medias lo que quieran pero con responsabilidad y conocimiento de causa.

Los emergentes fascistas evidentemente tampoco eran republicanos; ni los que se confesaban monárquicos —alfonsinos o tradicionalistas— que numéricamente nunca tuvieron peso en las urnas. La verdad es que la mayoría de los españoles no estaban interesados por la política. Vivían como adormecidos y hasta se les criticaba su aborregamiento, alejados de la cultura europea mucho más sensible. No eran republicanos, pero tampoco monárquicos: se dejaban ir. La mejor prueba de ello es que lo que más reprochaban a Alfonso XIII es que había sido cómplice de la Dictadura de Primo de Rivera y en el colmo de la incongruencia a quien más insultaban era a Berenguer. Cuando en 1930 emigró al extranjero Primo de Rivera, pocos se imaginaron que a los pocos meses le seguiría Alfonso XIII. Lo que parecía interesar a los ciudadanos no era el dilema Monarquía o República sino el de Dictadura o Democracia. El amago republicano de 1930 —con los fracasos de Jaca y de la huelga general— pareció una rabieta infantil.

Y sin embargo es innegable que en 1931 el país dio un salto impetuoso hacia la República ¿Cómo explicar este salto que era al vacío? Sencillamente los españoles se habían dejado deslumbrar por la promesa de una solución que iba a remediarlo todo. De acuerdo con su idiosincrasia tradicional, de la misma manera que sacaban en procesión un santo milagroso para que les trajera la lluvia o los librara de la peste, ahora se manifestaban creyendo a pies juntillas que la Santa República podría arreglar de un golpe todas sus desgracias públicas y privadas. Cambiando el nombre entrarían, sin más, en la civilización europea y se recuperarían siglos de retraso ¿Qué pueblo puede resistirse a tan formidable oferta? Aquello fue un alud imparable.

No es una interpretación sectaria ni una versión ingenua de los hechos. Los psicólogos de masas conocen de sobra estos fenómenos de conversiones masivas y de súbitos encumbramientos de héroes y maldiciones de villanos, de multitudinarios cambios de camisa. Todavía hay españoles que nos acordamos de las alegrías de la Puerta del Sol en 1931, del entusiasmo de la Victoria de 1939 y de las muchedumbres que aclamaban al Caudillo en la Plaza de Oriente: comparsas más o menos entusiasmados de un espectáculo organizado en la sombra. Así es el ser humano, así son las multitudes y así somos los españoles.

Está demostrado que las sociedades de masas son singularmente vulnerables a contagios: contagios biológicos de virus y bacterias, contagios psicológicos de modas estéticas, contagios sociológicos de comportamientos y, en lo que aquí interesa, contagios políticos que enfervorizan a los votantes en un inesperado quiebro electoral. Con el agravante de que estos aludes pasionales no pueden ser detenidos con un dique racional como hoy estamos comprobando con las avalanchas independentistas catalanas. No existen prevenciones ni vacunas para evitar que el charlestón desplace al tango, el fútbol a los toros y Papá Noel a los Reyes Magos.

Pero aun así estamos obligados a intentarlo. No se trata aquí de enarbolar la bandera bicolor o la tricolor sino de desear y procurar que los españoles decidan en su día con la cabeza y no con los pies, que comprendan que lo que está en juego es algo más que un partido entre eternos rivales. Una elección irreflexiva, apasionada, arrastra consecuencias muy duras para varias generaciones. Es irresponsable no pensárselo antes con mucho cuidado y el recuerdo histórico puede ayudar a ello. Los españoles deben tener siempre presente que las masas pueden sin reflexionar cambiar de opinión en unos meses o en unas horas y que luego es tarde para arrepentirse.

3. Empecemos con unas preguntas capitales: ¿qué tiene de malo la actual Monarquía que no puedan aceptar los españoles: ¿la ilegalidad de su origen? Un poco tarde es para reprochárselo al cabo de medio siglo de aceptación pacífica. Es como replantearse ahora la legitimidad de Isabel I frente a Juana la Beltraneja y más frágil es todavía el origen constitucional de la II Re-

pública. Dejemos que los muertos entierren a los muertos que bastante tenemos los vivos con los vivos.

Segunda cuestión: los desarreglos tributarios del rey emérito ¿son suficientes para desacreditar la institución? Muy escrupulosos se muestran los críticos en este punto después de haber soportado impertérritos las irregularidades y delitos fiscales de los grandes partidos que hoy alternadamente nos siguen gobernando. A nadie se le ocurre rechazar el independentismo catalán por las ilicitudes cometidas por sus líderes y partidos en la Banca Catalana, en el Liceo y en los manejos andorranos del patriarca Pujol. ¿Quién se acuerda hoy de FILESA? Cargue cada uno personalmente con sus maldades y delitos y no se imputen a las instituciones en que sirve; porque si así se hiciera nada quedaría en pie y habría que dar la razón a los ácratas más extremados.

Tercera cuestión: los costes de la Casa Real, ciertamente elevados pero irrelevantes en el océano de los presupuestos estatales. En cualquier caso, las cantidades imputables a la Presidencia de la República y sobre todo a su periódico proceso electoral no han de ser menores que las que ahora cuesta la Monarquía.

Pero dejemos ya estos puntos menores y vayamos a la pregunta esencial: ¿existe una cuestión importante que no tenga cabida en un régimen monárquico y pueda ser resuelta en un régimen republicano? Esto es lo fundamental. Porque si la respuesta fuese afirmativa, quedaría justificado el cambio. Ahora bien, hasta ahora no se han alegado razones de esta calidad, por lo que las argumentaciones del debate —si es que existe tal debate— carecen de cimientos sólidos.

Pónganse, al menos, las cosas en su sitio. Tómese conciencia, de acuerdo con su planteamiento clásico, que la República como la Monarquía son meras «formas» de gobierno, que no determinan necesariamente el contenido material de sus políticas, que es el «fondo» de la cuestión. Puede haber —y hay— monarquías progresistas, como puede haber —y hay— repúblicas reaccionarias y antidemocráticas. Ejemplos de ello tenemos a la vista y algunos muy cerca. El ponente ha vivido varios años en la República Democrática alemana y en la Federal y sabe de lo que está hablando. Venezuela y Cuba son también repúblicas (creo) poco democráticas ciertamente, pese a sus aires progresistas y revolucionarios. No nos dejemos engañar por los nombres que lo importante es lo que hay detrás y el hábito nunca ha hecho al monje. Atengámonos a la sustancia, al fondo de las cosas y no al rótulo, a la forma. El embalaje de las instituciones públicas es mera publicidad.

4. Tal como van las cosas no es temerario sospechar que hay algo turbio, algo deliberadamente confuso en la alabanza del régimen republicano: concretamente en que las razones que se alegan no son sinceras puesto que

detrás hay otros objetivos que se pretenden ocultar provocando así una alternativa incorrecta. En este punto entra de lleno la lección de la Historia.

Hoy está fuera de dudas que el conflicto de la tercera década del siglo pasado no estaba en el dilema República versus Monarquía. Eso poco preocupaba a los españoles y por ello el Alzamiento militar no fue contra la República, ni al final de la guerra civil los vencedores se molestaron en tocar este punto. *El verdadero dilema era el de Revolución versus Antirrevolución.* Así lo acreditan cuantos testimonios coetáneos se quieran. Lo que la mitad de los españoles pretendían era la Revolución mientras que la otra mitad deseaban evitarla con una Antirrevolución. Por lo mismo la Dictadura franquista fue al tiempo un dique frente a la República y frente a la Monarquía borbónica. Un tema sobre el que se gastaron muy pocas palabras, dado que lo que a Franco y a buena parte de los ciudadanos importaba era la Revolución y no la forma de gobierno, fuera republicana o monárquica. Si se ven las cosas así, se entenderá mejor el pasado y el presente. Dejemos, pues, a un lado, el florido telón de la República e intentemos ver lo que hay detrás.

Sobre esto —conviene repetirlo— no hay dudas ni en los políticos de entonces ni en los analistas de ahora. La confusión viene de otro lado, a saber: ¿de qué revolución se está hablando? Porque al tratarse de un concepto anfibológico hay tantas revoluciones como se quiera.

Por limitarnos a lo que aquí interesa tenemos una Revolución burguesa y una Revolución proletaria de un lado; y desde otro punto de vista una Revolución pacífica y otra violenta.

Los republicanos sinceros —desde Azaña a Lerroux pasando por Alcalá Zamora— querían realizar la revolución burguesa (y lo consiguieron) porque entendían que en la Monarquía resultaba imposible hacerlo. Por eso se hicieron republicanos con el ideal de una «República de Orden» moderada, laica, de tipo democrático occidental. Con ello (salvo en el laicismo trucado de anticlericalismo) estaban de acuerdo las clases medias y si así se hubiera impuesto, no hubiera habido Alzamiento militar ni mucho menos guerra civil.

Pero también estaba la revolución proletaria con subvariedades fundamentales como la socialista, la comunista y la libertaria, que fraccionó a las Izquierdas porque los republicanos de tradición no querían llegar tan lejos mientras que los socialistas, anarcosindicalistas y comunistas querían llegar hasta el final. Es decir, que no se trataba solo del dilema Revolución y Antirrevolución sino el rompecabezas de las distintas variantes revolucionarias luchando entre sí.

Más aún: también había que precisar los distintos ritmos revolucionarios. El socialista Prieto preconizaba la vía reformista, pausada y pacífica, mien-

tras que su correligionario Largo Caballero era partidario de la vía brusca y, si era necesario, violenta. Los anarcosindicalistas, por su parte, también eran partidarios de la revolución súbita y violenta, pero a diferencia de los socialistas no admitían intervención alguna del Estado, que no querían ocupar ni dirigir, sino directamente eliminar. Y en cuanto a los comunistas, obraban al compás de las instrucciones de Moscú, atentos al difícil contexto internacional del momento. Y por si fuera poco, además estaba la emergente revolución fascista.

Con todas estas incidencias es explicable que pocos se acordasen ya del dilema formal de Monarquía o República dado que en cuanto se rascaba la superficie, debajo aparecía caos, gobiernos fugaces, crisis incomprensibles, elecciones trucadas y Desorden Público constante y generalizado que perjudicaba por igual a los gobiernos de Izquierda y de Derecha. De tales contradicciones resultaba que con el incidente de Casasviejas caía el Gobierno de Azaña combatido al tiempo por los dos lados; que el rebelde Companys recuperase la Generalidad a los pocos meses de haber sido condenado; y que los insurgentes asturianos se convirtiesen de vencidos de guerra en vencedores de las elecciones de febrero de 1936. En tanto que los tribunales franquistas condenaban por rebeldes a los que se habían negado a rebelarse contra el Gobierno de la República.

Esta fue en sustancia la Segunda República, cuyo verdadero relato nadie quiere escuchar porque nadie quiere aprender y su conocimiento descompondría la imagen de un régimen ideal, justo, progresivo y pacífico que ahora se está vendiendo con desparpajo. Nadie vacila ante la posibilidad de volver a tropezar en la misma piedra. Se prefiere caminar con los ojos cerrados hacia un futuro que se supone perfecto. No se desea mirar hacia atrás. Parece mejor construir el pasado que conocerlo con la esperanza de que con la misma facilidad se podrá también construir el futuro perfecto.

Contemplando este desastre —en el que el país ya tiene metido un pie— me permito insistir en unas tareas que me parecen imprescindibles: es la primera conocer suficientemente la Segunda República para evitar así el salto al vacío al que se nos está invitando. Es la segunda conocer de veras las intenciones de quienes pretenden traer la Tercera República y no fiarnos, sin más, de esa pretendida inocente voluntad popular republicana ¿Qué se pretende de veras con la Tercera República? Dejemos a un lado la retórica y las buenas palabras, los sobreentendidos populistas.

Únicamente así podrá enjuiciarse la situación con conocimiento de causa y tomar una decisión racional sin dejarse arrastrar por la avalancha emocional que se nos echa encima y que, desde mi temperamento realista, considero imparable.

5. La segunda tarea —dejando ya la lección del pasado— es comparar la situación española en 1931 y 2021 para ver hasta qué punto puede repetirse el experimento al cabo de noventa años.

En el terreno político ha desaparecido casi por completo el anarcosindicalismo y el socialismo marxista se ha convertido en una socialdemocracia, debilitándose con ello los grandes motores de masas que impulsaron en el siglo pasado el advenimiento de la República.

Por otro lado también han desaparecido los poderes fácticos de la Iglesia católica y el Ejército, que tan cruciales fueron en los movimientos del siglo pasado.

En el terreno social ya no existe la en su día acuciante necesidad de la reforma agraria, se ha generalizado la propiedad de las viviendas familiares y se ha erradicado el hambre, ya que no la miseria.

En cuando a los servicios públicos sociales, la situación actual tiene cubiertos con notables deficiencias pero de manera aceptable los sanitarios, educacionales y asistenciales, que son los que más afectan a las grandes masas.

Todos estos factores parecen desactivar las apetencias de cambio; pero han surgido otros que operan en sentido contrario alentando la insatisfacción ciudadana, que es la principal fuente de origen de las grandes alteraciones posibles. La primera es la agravación de un paro agobiante y un visible desequilibrio de las rentas personales. Desde la perspectiva popular aumentan escandalosamente las diferencias entre ricos y pobres y han surgido algunos problemas nuevos como el de la inmigración, al tiempo que la corrupción sigue imparable, el populismo se extiende y los nacionalismos adquieren cada día mayor importancia.

En los últimos años España se ha adormecido en los innegables éxitos de la Transición posfranquista, ha contemplado inerte las lacras de la corrupción, la pasividad sindical, la ineficacia administrativa, el despilfarro público, la politización de las instituciones y, en fin, no ha querido reaccionar ante los nuevos retos de la gobernanza. En lugar de hacerlos frente con optimismo y energía ha preferido dejarse caer en la irritación estéril y, renunciando al esfuerzo, ha seguido la vía cómoda del Estado subvencionador y tolerante hasta llegar a las fórmulas mágicas o milagrosas que pueden arreglarlo todo en un acto de fe. Así es como ha aparecido la fórmula republicana. Se busca un culpable universal y se le opone un redentor también universal, sin necesidad de justificar lo uno ni lo otro. La culpa de los males del país no la tienen los españoles sino la Monarquía y por lo mismo, para solucionar todos los problemas, basta bajar del altar a la Monarquía y entronizar a la República: cambiar, en definitiva, de patrón milagrero. Nada más fácil.

Plantadas así las cosas no hace falta entrar en análisis, reflexiones ni detalles. No es necesario dar explicaciones. Es más eficaz manipular y seducir. Sobra el estudio y el debate. No vale la pena identificar las deficiencias de la Monarquía ni determinar hasta qué punto es la causa de las desgracias que nos afligen y en qué medida está en condiciones de superarlas por si misma sin necesidad de descarrilar el régimen completo. Y mucho menos conjeturar si la República ofrece mejores soluciones.

En suma hay motivos más que suficientes para la irritación ciudadana cada día más exigente y que no ve solución en las actuales prácticas electorales de periódicas alternancias de gobiernos y sueña con cambios de mayor trascendencia, como puede ser cabalmente el de un régimen republicano utilizado como cebo atractivo fácil de manejar con técnicas manipuladoras.

Vayamos al grano dejando a un lado cuestiones puntuales menores: *la gran baza de la Monarquía, aparte de la tradición y de la inercia, es la garantía que parece ofrecer a determinados valores sociales*, que inevitablemente se van debilitando con los cambios generacionales: los residuos religiosos, la Patria, la Unidad Nacional y familiar, el Orden Público, la honradez ciudadana, la eficacia administrativa, la paz social, el esfuerzo individual, la jerarquía y la solidaridad social. Todos estos valores nada dicen ya a buena parte del país (¿quién sabe lo que pensarán mañana las nuevas generaciones?), seducida ahora por otros que se consideran prioritarios: feminismo, animalismo, medioambiente, inmigración y sobre todo consumismo, hedonismo y garantía de supervivencia digna por el simple hecho de vivir en España. ¿Será esto lo que fundamenta de veras el dilema? ¿una pretendida incompatibilidad de valores? He aquí una cuestión que ya no es de forma sino de fondo porque expresa la lucha entre dos series de valores respaldados en marcos constitucionales distintos y considera a la República como la única posibilidad de mandar al desván valores obsoletos y de amueblar España con valores modernos.

Un planteamiento sugestivo en cuanto que supera los pedestres niveles de la eficacia administrativa, la legitimidad constitucional y hasta los chismes familiares. Las preguntas en este terreno son apasionantes: ¿es lícito establecer una jerarquía de valores? ¿habrá algunos incompatibles con la Monarquía? El debate queda abierto y su desarrollo promete ser espinoso. Porque si la Corona se pronunciase por un valor concreto (por ejemplo la religión católica, la conservación a ultranza de la vida humana, la unidad irrenunciable de España, la igualdad de los ciudadanos) quebrantaría el dogma constitucional de la neutralidad del Jefe del Estado y, desbordando sus funciones propias, el monarca ya no sería el rey de todos los españoles: un pecado que en buena parte costó el Trono a Alfonso XIII. Y si de veras permanece rigurosamente neutral y pasivo ¿de qué vale la institución?

Tal es el gran desafío de la Monarquía: encontrar un punto de equilibrio para las disidencias, una moderación o contrapeso de los extremos, un permanente ejercicio de prudencia. Esta es la carta de su éxito y al tiempo su gran riesgo. Por decirlo en términos contundentes: ¿es imaginable en España una Monarquía izquierdista, más allá de la socialdemocracia con el secesionismo incluido? ¿o una Monarquía con rasgos absolutistas o antidemocráticos? Si la respuesta es positiva, ya tenemos la explicación de por qué hay republicanos en España: cabalmente para romper el dique que ahora les opone la Corona. Y en cuanto a los ciudadanos ¿serán capaces de comprenderlo así o se enredarán en anécdotas picantes y en trampas demagógicas? Valga, al menos, mi advertencia.

Existen, además, elementos y contextos de difícil ponderación. La Unión Europea ha de mantenerse neutral por tratarse de una cuestión nacional interna con tal que se respeten formalmente los mínimos democráticos. E igualmente es indescifrable en estos momentos la incidencia de la globalización, las nuevas tecnologías, el cambio climático, las pandemias y sobre todo la incógnita de la eventual reacción de enormes sectores de población.

Seguro es en todo caso que existen motivos más que suficientes para el descontento ciudadano y que la estrategia prorrepblicana es bien sencilla: se trata simplemente de desviar el desasosiego desde el canal acostumbrado de las elecciones políticas al más elevado objetivo de un cambio de régimen de gobierno que sin entrar en detalles concretos prometa arreglarlo todo en un santiamén. Algo que está al alcance de cualquier profesional de manipulación de masas y más contando con la aquiescencia, e incluso colaboración, de algunas fuerzas políticas y la natural indiferencia del común de los ciudadanos.

6. En cuanto a la masa poblacional que formalmente será la que tiene que decidir, se mantiene hasta ahora ajena e indiferente y un día se inclinará por una de las dos opciones por impulsos emocionales y no por razones meditadas. En cualquier caso no tardarán en ponerse las cartas boca arriba. Pretextos no han de faltar y mucho menos material humano. Existe en España un inmenso ejército de reserva compuesto en su mayoría por jóvenes parados y pensionistas aburridos, intelectualmente vulnerables, que telemáticamente convocados están dispuestos a manifestarse diariamente en la calle para protestar contra todo: la violación de una muchacha, el desalojo de una vivienda, el naufragio de una patera, el atasco de una autopista, la insuficiencia de las pensiones, la integración del Bierzo en Castilla y León. Actualmente cualquier organización está en condiciones de sacar a la calle en unas horas los manifestantes que se le pidan y con instrucciones precisas sobre su comportamiento: gritos a proferir, consignas que cumplir, banderas que ondear y vehículos que incendiar. Pues bien, estas multitudes —junto con otros ciudadanos sinceros— saldrán un día vitoreando a la Tercera República y las Autoridades, confundiendo por torpeza, miedo o ignorancia una multitud con la opinión públi-

ca y hasta con el «pueblo», les abrirán las puertas del paraíso del nuevo régimen. Si eso sucedió en 1931 ¿Por qué no se puede repetir ahora? Esto será lo decisivo al igual que en 1931 y no los exquisitos análisis racionales por muy fundados que sean; y sin tener en cuenta, en un esfuerzo de buena voluntad, las eventuales derivaciones violentas que no es lícito descartar del todo.

¿Qué es lo que se pretende realmente con el cambio de régimen? ¿Qué hay detrás de una reclamación aparentemente formal? Los independentistas lo tienen claro y no se andan con disimulos: la separación de una Cataluña republicana del Estado español tanto si este es monárquico como republicano o, al menos y como fórmula de compromiso provisional, la proclamación de la República catalana dentro de la República Federal española.

A tal propósito cuentan con la colaboración de UP, cuya bandera es aparentemente terminante: antisistema. Lo que no se sabe con precisión es en qué consiste el antisistema aparte de destrozarse coches y escaparates y quemar contenedores y mobiliario urbano. Antisistema alude implícitamente a capitalismo. Ahora bien los regímenes anticapitalistas son variados y aquí nos dejan a oscuras.

Unidas Podemos desde su liderazgo parece inclinarse por la fórmula venezolana, difícilmente aceptable en España y en Europa. Los comunistas apuntan a alguna variedad de los regímenes soviéticos, tampoco fácilmente viables en la actualidad. Las masas nacionales y extranjeras que participan en las manifestaciones son inequívocamente ácratas. En esta confusión el PSOE se alza como elemento moderador desplazando al Centro y a la Derecha. Nótese, con todo, que con estos propósitos nos estamos colocando en un terreno impreciso de hipótesis gratuitas. Lo único seguro es la incertidumbre que ofrece esa Tercera República, de la que sus profetas nada nos dicen con precisión. Un motivo más para la reflexión y la prudencia.

7. El día x, el día de la gran decisión se acerca inexorablemente: tarde o temprano según interese a los activistas del republicanismo, que son quienes manejan la agenda y escogerán, como es natural, el momento que les sea más favorable y desde luego cuando hayan convencido a las masas de las ventajas de su opción. Para ellos, cuanto más confusión, mejor, dado que la claridad contribuye a entender mejor las cosas, a racionalizar el conflicto y eso no les interesa. Cualquiera que sea el momento se resolverá por impulsos y pasiones y no por razones. Los españoles hoy —como en 193, como los ingleses con el Brexit— votan y luego reflexionan.

Es posible, desde luego, que la Tercera República tenga consecuencias revolucionarias graves: desorden social y económico provocado por alteración de las relaciones sociales y económicas propias del capitalismo y, además, por la inevitable fractura de algunas instituciones estatales. Una revolución, en

suma, sobre la que es fácil pronunciarse, en favor o en contra, según el gusto de cada uno.

Otra posibilidad es que no sea revolucionaria, es decir, que se mantengan sin graves alteraciones las estructuras sociales económicas públicas. Pues bien, en tal supuesto la prudencia aconseja dejar las cosas como están habida cuenta de que el régimen monárquico permite —y así lo ha demostrado— la evolución natural del país y el desplazamiento pausado de los valores, característica de toda democracia responsable. Por otra parte bastantes problemas agobian actualmente a los españoles para traer innecesariamente otro nuevo. Es suficiente con los que tenemos. Porque no puede alejarse la sospecha de que la «cuestión republicana» sea una deliberada maniobra de distracción para alejar a los ciudadanos de los problemas reales desviando su atención a otro más aparatoso pero nada urgente.

En estas encrucijadas lo recomendable es el pragmatismo. Evitar tanto los planteamientos teóricos como los demagógicos y centrarse en la realidad. Mientras no haya garantías —y nadie puede darlas— de que se va a mejorar; o no haya la seguridad de que no se puede seguir así (y tal no es hoy el caso), lo mejor es dejar las cosas como están y no meterse en aventuras peligrosas ni en experimentos explosivos. Una actitud que puede tacharse de conservadurismo irresponsable, pero que en verdad es puro pragmatismo y sano realismo. Después de la reflexión y a la vista de los riesgos, lo mejor es no tocarlo. Ahora bien, en todo caso es imprescindible estudiar seriamente la cuestión, que es lo que ya urge a los españoles.